

().

Gobiernos progresistas en América Latina Controversias conceptuales sobre el populismo de la nueva ola.

Martín Retamozo y Soledad Stoessel.

Cita:

Martín Retamozo y Soledad Stoessel (2024). *Gobiernos progresistas en América Latina Controversias conceptuales sobre el populismo de la nueva ola.* : .

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/martin.retamozo/313>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/psap/XRe>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Convivialidades políticas y sociales en la pospandemia

Juan Ignacio Piovani

Gloria Chicote

(Coords.)

Convivialidades políticas y sociales en la pospandemia

Convivialidades políticas y sociales en la pospandemia / Juan Ignacio Piovani... [et al.] ; Coordinación general de Juan Ignacio Piovani ; Gloria Chicote. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-799-5

1. Derecha Política. 2. Desigualdad Social. 3. Conflictos Sociales. I. Piovani, Juan Ignacio, coord. II. Chicote, Gloria, coord.

CDD 303.4909

Otros descriptores asignados por CLACSO:

Convivialidades / Pospandemia / Relaciones Internacionales / Políticas Públicas / Desigualdades / Exclusión / Política/ Estado / Hábitat / América Latina.

Corrección de estilo: María José Rubin

Diseño de tapa: Dominique Cortondo Arias

Diseño del interior y maquetado: Eleonora Silva

Convivialidades políticas y sociales en la pospandemia

Juan Ignacio Piovani y Gloria Chicote
(coords.)



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital desde cualquier lugar del mundo ingresando a libreria.clacso.org

Convivialidades políticas y sociales en la pospandemia (Buenos Aires: CLACSO, junio de 2024).

ISBN 978-987-813-799-5



CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Índice

Introducción	9
<i>Juan Ignacio Piovani y Gloria Chicote</i>	

Módulo 1. Política y relaciones internacionales

Presentación. Análisis políticos y Relaciones Internacionales en la pospandemia.....	17
<i>Alejandro Simonoff</i>	

Gobiernos progresistas en América Latina. Controversias conceptuales sobre el populismo de la nueva ola.....	21
<i>Martín Retamozo y Soledad Stoessel</i>	

“Somos liberales y somos populares”. Javier Milei y la ¿nueva derecha populista? argentina	53
<i>Fernanda Valeria Torres y Sam Halvorsen</i>	

La contribución del concepto de convivialidad al análisis del regionalismo latinoamericano	77
<i>Peter Birle</i>	

Módulo 2. Políticas públicas y desigualdades sociales

Presentación. Desigualdades sociales y pandemia en Argentina. Los cuidados en el gran angular	101
<i>María Susana Ortale</i>	

Heterogeneidad social, conflictos sociopolíticos y políticas públicas en el Gran La Plata. Una mirada desde la política nacional	127
<i>Antonio Camou</i>	

Desigualdades sociales persistentes frente a la pandemia. Heterogeneidades, continuidades y rupturas en las transiciones laborales en Argentina (2019-2022)	163
<i>Leticia Muñiz Terra</i>	

Mujeres, infancias y cuidados en tiempos de crisis. Un estudio en Argentina durante la pandemia por COVID-19	195
<i>María Eugenia Rausky y Javier A. Santos</i>	

Desigualdad y convivencia en el Área Metropolitana de Buenos Aires durante la pandemia de COVID-19. Impactos en las dinámicas convivenciales de distintos grupos de edad adulta.....	231
<i>Juliana Santa Maria, María Laura Peiró y Lucas Alzugaray</i>	

Módulo 3. Hábitat y cuestión urbana

Presentación. Exploraciones contemporáneas de lugares (y convivencias): circulaciones, infraestructuras, economías morales	273
<i>Soledad Balerdi y Ramiro Segura</i>	

Vigilar convivencias: la segregación socioterritorial desde la perspectiva del trabajo policial. Una investigación en el interior de la Francia actual	281
<i>Eleonora Elguezabal</i>	

La pandemia de la COVID-19 desde abajo. Convivencias y economías morales	307
<i>Jerónimo Pinedo</i>	

Una ciudad entre futuros y ruinas: la vida social de la ciclovía Tim Maia (Río de Janeiro, Brasil)	341
<i>Julia O'Donnell</i>	

Resúmenes	367
-----------------	-----

Sobre las y los autores.....	377
------------------------------	-----

Introducción

Juan Ignacio Piovani y Gloria Chicote

El presente libro constituye una continuidad dialógica y una profundización del Workshop Internacional *Los múltiples rostros de la sociedad en la postpandemia. Retrospectivas y prospectivas de la convivencia, la desigualdad y la política en América Latina*, organizado por el Doctorado Binacional La Plata - Rostock y Mecila, celebrado en La Plata los días 17 y 18 de noviembre de 2022.

En esa ocasión, un intenso programa de dos días de trabajo¹ nos permitió asediar desde distintas perspectivas la repercusión de la pospandemia en América Latina y en Argentina en particular. Con la participación de 70 personas se organizaron mesas de trabajo integradas por presentadores, ponentes y comentaristas que se iniciaron con la presentación de los programas institucionales de los que surgen las líneas de investigación (Doctorado Binacional La Plata - Rostock y Mecila).

El Doctorado en Estudios Sociales Interdisciplinarios de Europa y América Latina La Plata - Rostock,² adscrito al Consorcio Universitario Argentino Alemán (CUAA), se inscribe en las actuales iniciativas de internacionalización de los estudios superiores que fomentan tanto los organismos nacionales competentes como

¹ Ver <https://mecila.net/en/evento/los-multiples-rostros-de-la-sociedad-postpandemia>

² Ver <http://docesi.fahce.unlp.edu.ar/>

las instituciones universitarias que, focalizado en el campo de las ciencias sociales y humanas desde una perspectiva transdisciplinaria, aborda problemáticas comunes tales como el estudio del pasado reciente, las transiciones políticas, las identidades y la memoria.

Por su parte, Mecila, *Maria Sibylla Merian International Centre Conviviality-Inequality in Latin America*,³ es un consorcio académico integrado por instituciones alemanas y latinoamericanas, dedicado al estudio de las múltiples interrelaciones entre convivialidad y desigualdad desde una perspectiva interdisciplinaria. Se centra en los procesos de negociación, legitimación, impugnación y transformación de las jerarquías existentes, tal y como estas se manifiestan en las interacciones cotidianas y al interior de las instituciones. Los contextos históricos, ambientales, económicos, sociales y políticos en los que se dan esas interacciones, así como sus representaciones, son de suma importancia.

El programa incluyó mesas dedicadas al impacto de la pospandemia en la política y las relaciones internacionales, las controversias conceptuales de los populismos en América Latina pensados como una nueva fase, la redimensión de la cuestión urbana a partir de la observación y análisis de transformaciones, conflictos, e inercias, y la profundización de las desigualdades sociales.⁴ Una visita a la República de los Niños nos introdujo en la dimensión histórica de las políticas sociales destinadas a las niñeces en la década de 1940 y dio lugar a un análisis en clave comparativa con la situación actual.

El encuentro se enriqueció sustancialmente con la presencia de la Dra. Carla Vizzotti, ministra de Salud de la Nación, quien impartió una conferencia magistral referida a la salud y la pandemia, y a quien agradecemos muy especialmente su presencia.

³ Ver <https://mecila.net/es/homepage>

⁴ Dos mesas referidas a convivialidades literarias "Narrar convivialidades marginales: perros, pícaros y otros animales literarios", debido a su especificidad fueron excluidas de este libro y serán publicadas próximamente en un *dossier* académico.

Dedicamos los meses siguientes a la realización del Workshop, a procesar el ingente material discutido y el resultado es este libro que ordena diez capítulos en tres bloques temáticos.

Alejandro Simonoff presenta el Módulo 1, Política y relaciones internacionales, como un testimonio de las ponencias “Populismos en América Latina ¿nueva fase? Controversias conceptuales” de Martín Retamozo (IdIHCS-UNLP/CONICET) y Soledad Stoessel (IdIHCS-UNLP/CONICET), “‘Somos liberales y somos populares’. El populismo de derecha en la Argentina de la postpandemia” de Fernanda Torres (IdIHCS-UNLP/CONICET) y Sam Halvorsen (QMUL) y finalmente la de Peter Birle (Ibero-Amerikanisches Institut /Mecila) “Convivialidad regional en América Latina. Experiencias durante la pandemia y perspectivas pos-pandémicas”, moderadas por Ana Barletta (IdIHCS-UNLP/CONICET), y con comentarios a cargo de Mora González Canosa (IdIHCS-UNLP/CONICET) y él mismo.

Los artículos resultantes, basados en estas tres ponencias, se refieren al estado de situación del régimen político actual en nuestra región y al abordaje de la cuestión latinoamericana desde una perspectiva internacional. Se profundiza en el concepto de populismo, aunque también se devela la existencia de fenómenos marcadamente contrapuestos, como son la “nueva ola” de los gobiernos progresistas y la extrema derecha emergente, en particular el fenómeno de Javier Milei en la Argentina, que dejan en evidencia que la categoría de populismo es tan elástica y da cuenta de tantos y tan variados fenómenos, muchos contradictorios entre sí, que le quitan certeza y precisión a muchos de los análisis que se centran en ella. Así, en la polisemia constitutiva del concepto conviven populismos “*soft*” en los complejos procesos latinoamericanos (los casos de Arce en Bolivia y Fernández en la Argentina) y otros que mantienen las formas de los primeros populismos (López Obrador en México y Petro en Colombia). El módulo se cierra con el capítulo de Peter Birle que se pregunta por “las causas de la crisis de las distintas redes y esquemas de cooperación regional en América Latina, que se habían caracterizado por su gran dinamismo en los

primeros 15 años del siglo XXI” y la aplicabilidad del concepto de “convivialidad” para analizar nuestra realidad regional.

El Módulo 2, Políticas públicas y desigualdades sociales, está minuciosamente presentado por María Susana Ortale, quien desde un análisis focalizado en la centralidad del cuidado, realiza una articulación entre los temas planteados por las y los expositores, en cuanto a la desigualdad en distintas escalas y dimensiones de la reproducción de la vida. Se incluyen en este apartado los trabajos de Antonio Camou, “Heterogeneidad social, conflictos sociopolíticos y políticas públicas en el Gran La Plata. Una mirada desde la política nacional”, que aporta reflexiones derivadas de un acercamiento a la temática sobre política y ciudadanía, tributaria de una investigación más amplia que abarca diversos aspectos referidos a la configuración contemporánea de la heterogeneidad social, la conflictividad sociopolítica y la implementación de políticas públicas en el Gran La Plata.

En “Desigualdades sociales persistentes frente a la pandemia: heterogeneidades, continuidades y rupturas en las transiciones laborales en Argentina (2019-2022)”, Leticia Muñiz Terra aborda los efectos de las medidas de restricción adoptadas frente a la pandemia en las transiciones laborales de trabajadores de los sectores productivos y de servicios de distintas regiones del país. Eugenia Rausky y Javier Santos, en “Mujeres, infancias y cuidados en tiempos de crisis: un estudio en Argentina durante la pandemia por COVID-19”, examinan las prácticas de cuidado en hogares con niños, niñas y adolescentes, los que se vieron especialmente sobrexigidos durante la pandemia para responder a las elevadas necesidades de atención de sus integrantes y procurarles bienestar. Juliana Santa María, María Laura Peiró y Lucas Alzugaray, en “Desigualdad y convivialidad en el Área Metropolitana de Buenos Aires durante la pandemia de COVID-19. Impactos en las dinámicas convivenciales de distintos grupos de edad adulta”, analizan el impacto diferencial y desigual de las medidas adoptadas por el gobierno argentino: el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) y luego

el Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio (DISPO), en la sociabilidad y el bienestar subjetivo. El estudio se enmarca en un proyecto de investigación transnacional de Mecila realizado simultáneamente en los principales aglomerados urbanos de Alemania, Argentina, Brasil y México. Para el caso de Argentina, la encuesta que le sirve de base, llevada a cabo en los meses de junio y julio de 2021, relevó datos entre la población adulta del Área Metropolitana de Buenos Aires (Ciudad Autónoma de Buenos Aires, los 24 partidos del Gran Buenos Aires y ciudad de La Plata). En su análisis de conjunto, Ortale concluye que la pandemia, junto con las medidas para controlarla y la dislocación económica resultante, provocaron cambios de distinto alcance e intensidad en múltiples esferas de la vida cotidiana, los que incidieron singularmente en los cuidados posibles en distintos conjuntos poblacionales.

Finalmente, el Módulo 3, Hábitat y cuestión urbana, presentado por Ramiro Segura y Soledad Balerdi propone “realizar un desplazamiento en los modos de leer estos textos [...] no exclusivamente como contribuciones para comprender los entrelazamientos entre pandemia y cuestión urbana, sino también como exploraciones conceptuales y metodológicas para analizar lugares y convivialidades”. Los artículos operan como vehículos que brindan pistas consistentes para la comprensión de la cuestión urbana *después* de la pandemia, así como también presentan indicios para avanzar en la reflexión sobre los modos en que la pandemia *está activa en nuestro presente* urbano para estudiar nuevos lugares que se despliegan y los configuran.

Los tres capítulos de esta sección estudian *lugares*. En “Vigilar convivialidades: la segregación socioterritorial desde la perspectiva del trabajo policial. Una investigación en el interior de la Francia actual”, Eleonora Elguezabal analiza las distintas formas de estructuración social de los territorios del interior de Francia partiendo de su irreductibilidad a la dicotomía campo-ciudad; por su parte, en “Una ciudad entre futuros y ruinas: la vida social de la ciclovia Tim Maia (Río de Janeiro, Brasil)” Julia O'Donnell analiza los

modos de proyectar, imaginar y habitar la ciudad de Río de Janeiro a partir del devenir de una infraestructura urbana; por último, en “La pandemia de la COVID-19 desde abajo. Convivialidades y economías morales” Jerónimo Pinedo se acerca etnográficamente a la experiencia situada de la pandemia por parte de los habitantes de sectores populares de la ciudad de La Plata.

El Workshop y este libro fueron posibles gracias al trabajo y al apoyo financiero de varias instituciones a las que queremos agradecer muy especialmente: las universidades Nacional de La Plata (UNLP) y de Rostock (UR), el Centro Universitario Argentino-Alemaán (CUAA), la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) (UNLP/CONICET), el Maria Sibylla Merian International Centre Conviviality-Inequality in Latin America (Mecila) y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). También queremos reconocer el trabajo del personal administrativo del IdIHCS, coordinado por Natalia Bourdet, que estuvo a cargo de la logística para la organización del Workshop y la posterior preparación de los documentos para la publicación del libro, así como a todo el personal del Hotel Universitario AMAU, en donde se llevaron a cabo las actividades.

En una coyuntura en la que se discute el valor de las ciencias sociales, este libro pone de manifiesto el compromiso de las investigaciones sociales con el conocimiento de la realidad actual en múltiples dimensiones y, una vez más, no deja dudas acerca de la concepción holística e interdisciplinaria del conocimiento como camino para la construcción de un mundo más justo y equitativo, basada en el análisis crítico y profundo de la sociedad y sus dinámicas contemporáneas.

La Plata, diciembre de 2023

Módulo 1. Política y relaciones internacionales

Presentación

Análisis políticos y Relaciones Internacionales en la pospandemia

Alejandro Simonoff

Los tres textos aquí reunidos son un testimonio parcial de las ponencias presentadas en la Mesa “Política y Relaciones Internacionales en la postpandemia” dentro del Workshop Internacional Doctorado Binacional La Plata-Rostock Mecila titulado *Los múltiples rostros de la sociedad postpandemia. Retrospectivas y prospectivas de la convivencia, la desigualdad y la política en América Latina*, que se desarrolló en La Plata, Argentina, los días 17 y 18 de noviembre de 2022. Estas ponencias son “Populismos en América Latina ¿nueva fase? Controversias conceptuales” de Martín Retamozo (IdIHCS-UNLP/CONICET) y Soledad Stoessel (IdIHCS-UNLP/CONICET); “Somos liberales y somos populares”. El populismo de derecha en la Argentina de la postpandemia” de Fernanda Torres (IdIHCS-UNLP/CONICET) y Sam Halvorsen (QMUL); y finalmente la de Peter Birle (Ibero-Amerikanisches Institut /Mecila) “Convivialidad regional en América Latina. Experiencias durante la pandemia y perspectivas pos-pandémicas”. Esta presentación fue moderada por Ana Barletta (IdIHCS-UNLP/CONICET) y los comentarios estuvieron a cargo de Mora González Canosa (IdIHCS-UNLP/CONICET) y de quien escribe.

Claramente por sus temáticas podemos dividir las en grupos: el primero que pone el acento en el estado de situación del régimen político actual en nuestra región, integrado por las dos primeras ponencias, y la tercera que propone un abordaje de la cuestión latinoamericana desde una perspectiva internacional.

En cuanto al primer grupo, desde los títulos mismos observamos un concepto que los une: el populismo, aunque también develan fenómenos marcadamente contrapuestos, como son la “nueva ola” de los gobiernos progresistas y la extrema derecha emergente, como es el fenómeno de Javier Milei en la Argentina.

Sin lugar a duda unos y otros están conectados, y no solo por una secuencia temporal. Pero no podemos dejar de señalar, y sin ser un especialista en este tema como quienes escribieron esos trabajos, que la categoría de populismo nos parece tan elástica que da cuenta a tantos y tan variados fenómenos, muchos contradictorios entre sí que le quitan certeza y precisión a los análisis, como dicen Retamozo y Stoessel tal vez su uso se trate de cierta “pereza intelectual”.

Precisamente ese trabajo posee dos núcleos, en el primero “se ofrece un tratamiento de la supuesta *polisemia* de la categoría de populismo y se discute su utilización”, en el otro “se abordan algunos casos de la política latinoamericana que permiten ilustrar cómo esta lógica política es constitutiva y explicativa de ciertos procesos históricos”. Siendo aquella un prolijo y detallado resumen de la polémica académica sobre el concepto “maldito”, la segunda aporta una periodización de los últimos años que creemos será señera para otros futuros trabajos sobre el tema.

La lógica con la que periodizan los últimos movimientos políticos es realmente aguda, tras la marea de gobiernos progresista, la llegada del conservadurismo con críticas a aquellos pero incapaces de gestionar y luego el retorno de los primeros, pero en un regreso donde conviven elementos nuevos, algunos bajo la denominación de populismos “*soft*” (los casos de Arce en Bolivia y Fernández en la

Argentina) que conviven con otros que mantienen las formas de los primeros (López Obrador en México y Petro en Colombia).

El segundo texto de este nudo está escrito por Torres y Halvorsen y podríamos decir que retoma el tema donde quedó el anterior texto, pero con un estudio distinto, menos conceptual, más casuístico, pero no por ello menos interesante. En él se presentan dos aspectos del fenómeno: cuál ha sido su “estrategia territorial/digital para ganar seguidores y votantes”¹ y cómo a partir de “los antagonismos y subjetividades políticas construidas en su discurso” fueron moldeando un “liberalismo popular” que se opone al peronismo en tanto versión antiliberal, claro está que no de su versión noventista, pero también toma distancia del PRO por cierto cuño elitista, que los autores dejan planteada en la pregunta “¿Es posible definirlo como una expresión de populismo de derecha?”.

El segundo núcleo está compuesto únicamente por el artículo de Peter Birle. En ese texto se pregunta por “las causas de la crisis de las distintas redes y esquemas de cooperación regional en América Latina, que se habían caracterizado por su gran dinamismo en los primeros 15 años del siglo XXI” y la aplicabilidad del concepto de “convivialidad” para analizar nuestra realidad regional.

Si bien es una noción utilizada para situaciones domésticas, la propuesta de ponerlo en otro plano –el internacional– es sumamente meritorio. Con este aporte el autor trata de salirse de la lógica tradicional y clásica de las Relaciones Internacionales divididas entre concepciones institucionalistas y realistas del *mainstream* originario de la disciplina. Legítimamente podríamos decir que el término se destaca como una forma que toma elementos de ambas tradiciones: es igualitarista, sin el entusiasmo de las primeras formas, y más cauteloso, como las segundas.

¹ El análisis sobre la estrategia digital de estos grupos es realmente perspicaz, que deja entrever cierta desterritorialización de la política, la cual luego vuelve a pisar suelo para el momento electoral, constituyendo en una dialéctica entre lo virtual y lo territorial analizada por los autores de manera muy singular.

Por eso no resulta extraño que haya recurrido a la Escuela Inglesa en un intento para sacarla del núcleo anglosajón, valga la paradoja, y volverla más europea continental. Pero como sabemos no es un problema de pertenencia geográfica, sino de percepción del problema e intereses. Con la presentación de esta corriente busca salir del entuerto original de la disciplina, nacida al calor del debate realismo-institucionalismo en el mundo anglosajón, y ponerse a tono con la puesta en común de ambas perspectivas producto del llamado Cuarto Debate.

Para ir finalizando con esta presentación, nos encontramos con dos nociones, populismo y convivialidad, definiciones surgidas en otras latitudes que dan cuenta de la realidad latinoamericana, tan heterodoxa y resbaladiza para quedar encorsetada en ellas, pero gracias a la forma de interrogación que abordan los autores podemos seguir pensándola de una forma más cercana y ajustada a nuestra situación.

Gobiernos progresistas en América Latina

Controversias conceptuales sobre el populismo de la nueva ola

Martín Retamozo y Soledad Stoessel

Populismo es el término de las elites cuando no entienden lo que pasa. O sea, todo lo que escapa de sus esquemas es populista. ¡Que me definan qué es populismo!

(Rafael Correa)

Si el punto de partida es el interés por construir proyectos sociales viables, nos obligamos a abordar críticamente la realidad y las teorizaciones que se formulan sobre ella.

(Zemelman, 1989, p. 70)

Introducción

Es de sobra conocido que el populismo, como categoría para analizar o caracterizar los procesos políticos globales, es escurridiza y polisémica. Ríos de tinta controversial se han destinado a pensar la “cuestión populista”, y el acuerdo entre especialistas se aleja entre matices y disquisiciones. Esta condición no proviene solo de los

diversos usos teóricos de la categoría, sino que se deriva también de la circulación del término en medios de comunicación, así como de la opinión pública e incluso de organismos internacionales. Su definición se vuelve aún más intrincada cuando obras y artículos académicos, notas de opinión periodísticas y hasta referentes políticos sentencian simultáneamente “la persistencia del populismo”, “el fin del populismo” o “el retorno del populismo”, para referirse a los mismos ciclos políticos, gobiernos o países bajo análisis.

En campañas electorales prolifera el uso (y el abuso) del vocablo. Mediáticamente se atribuye a candidatos opuestos en términos ideológicos el mismo calificativo, generalmente con un sentido normativo peyorativo. Si para el líder del Partido Popular en España, Mariano Rajoy, Podemos era la “quintaesencia del populismo”, también lo era Vox, el partido que se coloca en las antípodas de Podemos. En Estados Unidos, si Trump podía ser tildado de populista por su discurso polarizador en el que el pueblo “americano” es aquel blanco, nacido en suelo norteamericano y masculino, Obama también lo sería por sus políticas “pro pobres”, orientadas a incluir a los sectores históricamente excluidos. En países de América Latina como Colombia, la cuestión no ha sido distinta. Si, para cierta prensa, Gustavo Petro es la expresión del populismo, también desde ciertos estrados mediáticos lo ha sido su contradictor en la última contienda electoral, Rodolfo Hernández. Parafraseando a Moe en un capítulo de Los Simpson: “Populistas. Sabía que eran ellos. Aun cuando eran los osos, sabía que eran ellos”.

Lo cierto es que este uso mediático y popular ha estado dominado, en general, por un sentido normativo: el populismo se ha convertido en un concepto descalificativo para repudiar programas de gobierno y comportamientos políticos, políticas económicas y sociales, estilos, estéticas y discursos, e incluso –algo más sofisticado– formas de construcción de subjetividades políticas. Ha sido tal el dominio del sentido normativo, sobre todo del término populismo, azuzado además por los medios de comunicación, que ningún proyecto, gobierno, partido o líder se atreve a denominarse

explícitamente como populista. Con estas simplificaciones a partir de una noción normativa, es escaso lo que puede comprenderse sobre los procesos políticos contemporáneos. Derivado de esto, en muchos casos el uso pretendidamente analítico decantó en definiciones mínimas, cuya contribución a la comprensión del fenómeno ha sido, también, mínima.

En América Latina, estos procesos no pueden comprenderse si no es aludiendo a esta categoría. Es sabido que, durante el siglo XX, en la región el populismo como proceso y como concepto fue protagonista de las dinámicas del conflicto, tanto en el escenario de la historia como en el campo de la academia. “Populismo” fue el nombre para cosas indómitas, que abigarraban temporalidades y procesos disímiles, algunos económicos como la industrialización por sustitución de importaciones; otros más políticos como la democratización, la lucha por el acceso a derechos y la incorporación política en términos de ciudadanía social de la clase trabajadora, como de las incipientes clases medias, ya sea por medio del Estado o por partidos políticos de base popular y obrera (Collier y Collier, 1991), que marcaban los ritmos de la inclusión hacia mediados del siglo pasado. En cierto modo, el populismo era también el nombre dado a una suerte de anomalía en el proceso histórico e irrepetible en América Latina en su carácter de capitalismo periférico y neocolonial.

A la anomalía populista habrían seguido anomalías autoritarias en formas de dictaduras y radicalizaciones que incluían la lucha armada. Para ciertas posiciones, estas anomalías iban a ser superadas por un régimen político liberal, con un sistema de partidos consolidado, una sociedad civil virtuosa y una economía de mercado abierta. Una transición hacia la normalidad, pero las transiciones esperaron a Godot.

En un libro de 1982 sobre el populismo en América Latina, Paul Drake argumentaba que el populismo ya era un objeto de autopsia en la mesa de los historiadores. Y el clima de época de los años 80 de alguna manera le daba la razón, ya que en los tiempos de la

doble transición, el populismo parecía perder peso histórico como proceso y capacidad explicativa como concepto. Sin embargo, sabemos que el término fue invocado nuevamente en los años 90 para nombrar los procesos políticos con fuertes liderazgos de rai-gambre plebeya y discursos antielites pero que, a diferencia de los populismos clásicos, fueron agentes promotores de reformas neoliberales. Solo que ahora el concepto de populismo llevaba el prefijo “neo” para enfatizar cierto estilo de liderazgo y de discurso que permitía desengarzar el populismo de determinados contenidos ideológicos ligados al nacionalismo, al rol interventor del Estado y a posiciones geopolíticas no alineadas. “Populismos clásicos” y “neopopulismos” fueron nombres que buscaban describir fenómenos históricos cuyas particularidades desafiaban los cánones conceptuales disponibles en las ciencias sociales (Viguera, 1993).

Hacia finales del siglo XX se vaticinaba, otra vez, la evaporación del concepto, pero emergieron nuevos procesos políticos y el nombre se volvió a invocar, ahora para referirse a los “populismos del siglo XXI”. En esta nueva etapa se pueden identificar dos momentos: el primero hacia finales del siglo pasado y principios de este, desde la asunción de Chávez en Venezuela, una primera ola caracterizada por rupturas populistas en el marco y como respuesta a la crisis producida por el neoliberalismo de los años 90; y el segundo momento que atraviesa la actualidad latinoamericana, que sobrevino luego de un corto pero intenso interregno en el que un número significativo de países latinoamericanos estuvo gobernado por partidos o coaliciones de derechas conservadoras enmarcadas en una matriz “antipopulista” y con programas neoliberales en muchos casos impuestos sin legitimidad electoral. Este segundo momento abrió interrogantes acerca de las similitudes y diferencias con el primer momento. Así, vemos que el término no cesa de desplegarse, incluso para designar experiencias *sui generis* como la de Nayib Bukele en El Salvador.

A nuestro criterio, desterrar del debate una noción meramente peyorativa es clave para ganar en rigurosidad explicativa de los

procesos políticos. Consideramos que el uso analítico del populismo es más provechoso para dar cuenta de diversas experiencias políticas y, en ese sentido, vamos a pensar esta categoría a través de dos conceptos: el populismo como lógica política y el populismo como proceso político.

Este capítulo, entonces, despliega estos dos conceptos a la luz de las experiencias “realmente” existentes de los procesos latinoamericanos. Nos concentraremos en cómo estos dos momentos políticos del siglo XXI asumieron elementos propios del populismo como lógica y como proceso, encontrándose una serie de diferencias entre ambos momentos que atribuimos a dos fenómenos: 1) el agotamiento de los primeros populismos (la llamada “*pink tide*” en el mundo anglosajón) para representar nuevas sensibilidades y demandas, debido tanto a errores internos y dinámicas políticas del campo progresista (tipos de liderazgos, contenidos de los proyectos políticos, subjetividades políticas) como a factores estructurales (crisis de procesos de acumulación basados en el *boom* de los *commodities*), y 2) el surgimiento de derechas conservadoras autoritarias en una clave antipopulista. Estos dos fenómenos provocaron que la actual ola progresista representada por países como Argentina (el gobierno del “Frente de Todos”), Bolivia (el gobierno del Movimiento al Socialismo, con la presidencia de Luis Arce), Brasil (el gobierno de la tercera presidencia de Lula Da Silva), México (presidencia de López Obrador) y Colombia (gobierno de Petro) necesariamente asuma aspectos disímiles a los de la primera ola. Incluso los países que por primera vez presentan procesos populistas, como estos últimos dos, se ven atravesados por aspectos estructurales sistémicos y un clima intelectual regional y global caracterizado por el avance de una derecha autoritaria, así como fenómenos globales como ha sido la pandemia y la guerra de Rusia en Ucrania en el marco de una crisis de hegemonía mundial, aspectos estos que establecen condiciones para los alcances de estos procesos.

El capítulo se articula de la siguiente manera. En la primera parte, discutiremos brevemente la utilización del término populismo para dos problemas actuales: la conformación de sujetos políticos y finalmente los llamados “gobiernos populistas”. En la segunda parte, presentaremos la crisis de los populismos “progresistas” de la primera ola y la transición hacia un interregno de gobiernos de las derechas basadas en el antipopulismo como identificación. En esta parte observaremos cómo ha sido el retorno neoliberal enmarcado en una matriz discursiva antipopulista y elitista, el que paradójicamente ha mostrado –muy lejos de sus intenciones– que el contenido peyorativo atribuido por el liberalismo (libertarianismo) a los populismos existentes (como procesos) se basa en una lógica igualitaria, de justicia social por distribución y reconocimiento. Es decir, es el retorno neoliberal el que permite asir con mejor claridad al populismo realmente existente y des-enmascarar la conveniente normatividad que expresan las constelaciones neoliberales, libertarias y de derecha, especialmente en lo que respecta al populismo en sus vínculos con las instituciones y la democracia. En la sección final, ensayamos algunas reflexiones sobre el devenir de esta ola progresista y sus futuros inciertos ante el acecho de monstruos que emergen desde las sombras de la historia.

La teoría del populismo: lógica y proceso histórico-político

Pero, ¿por qué la persistencia del populismo como concepto? Una primera respuesta es cierta limitación teórica, una especie déficit de imaginación conceptual, que cercena la creación de nuevas categorías. Entonces, ante la emergencia de algo nuevo recurrimos a estirar conceptos con la pretensión de hacer “política comparada”. Pero más allá de estas incapacidades en el campo de las ciencias sociales, nuestra hipótesis al respecto es que hay algo permanente en el proceso político, donde el populismo no es ya una anomalía

histórica, sino una “categoría” para pensar persistencias y nuevas morfologías. Una especie de síntoma teórico de nuestro tiempo que nos pone a pensar los modos de producción de las subjetividades, de los órdenes políticos, la democracia y sus incertidumbres. Entonces, consideramos, que la tarea de investigación no debe convertirnos en taxonomistas condenados a clasificar procesos en populistas (y por lo tanto condenables) y no populistas, (o líderes populistas y no populistas), sino abrirnos a la tarea de producir teoría para dar cuenta de las dimensiones políticas de los procesos históricos. Solo allí podremos tener un terreno válido para evaluar si la categoría de populismo sirve para comprender algo propio de la política contemporánea.

El uso más potente de la categoría de populismo lo construye como un concepto para pensar la construcción discursiva de sujetos e identidades políticas. Por lo general, este campo ha sido dominado por las lecturas inspiradas en la obra de Ernesto Laclau (2005). Así, se ha estudiado la construcción de discursos que articulan demandas insatisfechas en un orden social a partir de producir significantes vacíos y una frontera antagonónica. El modelo formal simple y básico va ganando concreción y complejidad cuando se incluye la historicidad del proceso. Así aparecen las tradiciones políticas sedimentadas, las experiencias, los sujetos de enunciación, las instituciones y las condiciones materiales de existencia. El signifiante “pueblo” como privilegiado por llevar inscripta la parte (*plebs*) y el todo (*populus*), les ha permitido a varios estudiosos ligar la experiencia populista a las prácticas de inclusión política de lo subalterno, así como la disputa por la hegemonía (que en una perspectiva posfundacional implica pensar la tramitación de la parte y el todo). En consecuencia, el populismo como herramienta analítica ayuda a pensar la formación de diferentes sujetos políticos (su orientación ideológica e incluso los significantes amalgamados serán cuestión de estudio particular), así como el mismo proceso de puesta en cuestión (destitución) y cambio (restitución) del orden social. Desde este campo, quizás el más influyente

en los estudios empíricos, se enfatiza en las condiciones de posibilidad para la emergencia de las “rupturas populistas” (crisis de representación, acumulación de conflictos, déficit de legitimidad de las elites, etc.). En los últimos años varios trabajos han reparado en esta clave para explicar los procesos políticos latinoamericanos en los casos de Argentina (Retamozo y Morris, 2015), Bolivia (Errejón, 2012) y Ecuador (Mazzolini, 2015), cuyas condiciones de posibilidad fueron la crisis del sistema político imperante y la acumulación de demandas insatisfechas producto del modelo neoliberal de los años 90.

En un segundo campo, el populismo funciona para pensar un proceso que no solo configura el orden social, sino que lo gestiona (el populismo siendo gobierno), donde los elementos de los otros dos campos son persistentes (demandas/sujetos e identidades), pero que encuentra ingredientes analíticos nuevos en torno a la gobernabilidad (el Estado, la economía, las relaciones internacionales), algo que no es tan considerado en los paradigmas más sofisticados en el uso de la categoría. Este aspecto del populismo como gobierno o en el gobierno, necesariamente, implica una dimensión de construcción y gestión estatal, es decir, de toma de decisiones políticas y de políticas públicas, y, en ese sentido, de administración del poder instituido, de las instituciones sedimentadas y de las instituciones por crear. Es evidente que pensar una lógica populista en el gobierno implica un desplazamiento de los campos anteriores y, por lo tanto, una nueva teoría. En este sentido, el populismo ayuda a pensar esa relación insintetizable (Vatter, 2012) entre poder instituido y poder instituyente. Como poder instituyente el populismo es el pueblo movilizado, activo, es la condición del poder de actuar juntos en sociedades plurales pero que ejercen soberanía popular. Pero para ser tal, el pueblo como fundamento deviene en pueblo como proyecto e institucionaliza formas sociopolíticas. El poder instituido populista es la encarnación institucional y la actualización de ese poder colectivo, soberano y radicalmente democrático (como expresión de la soberanía popular). Ahora bien, esta

potencialidad democrática e inclusiva del populismo abre el orden social a diferentes formas de cierre hegemónico. Con esto pone en evidencia la contingencia y la ausencia de fundamentos últimos, a la vez que no puede ofrecer garantías a priori sobre derivas autoritarias. Las consecuencias de las lógicas populistas en la construcción de los órdenes sociohistóricos (su relación con la igualdad, la libertad, la pluralidad, etc.) deberán ser estudiadas en cada caso concreto. El populismo pone en el centro de la teoría política un conjunto de tensiones sobre la conformación del orden social y la democracia.

Ahora bien, en el populismo-como-gobierno hay dos dimensiones clave producto de su devenir histórico: el Estado y el liderazgo. El Estado opera como superficie de inscripción y gestión de las demandas sociales. En su versión nacional-popular estadocéntrica implica tensiones entre configuraciones plebeyas y la necesidad de gestionar el orden social en las periferias capitalistas donde el Estado reviste una relativa (y, por momentos, escasa) autonomía para enfrentar a los actores de poder, locales y globales. Para analizar el proceso histórico, la teoría del populismo ha requerido un diálogo con las condiciones socioeconómicas estructurales locales, regionales y globales. Sin embargo, esta necesidad conceptual de inclusión de dimensiones sociales y económicas no siempre ha sido resuelta de manera productiva por la teoría del populismo que, si bien reconoce la importancia de las fuerzas materiales, las relega en el esquema analítico.

En cuanto a la cuestión del liderazgo, la categoría de populismo es útil para pensar la figura del líder y su función para hacer converger, representar y dar sentido a esas demandas, así como tramitarlas decisoriamente en una clave colectiva. La dimensión afectiva de la política, por ejemplo, ha sido recuperada en esta concepción. En este sentido, el líder incluso puede ser el nombre, el significante dice Laclau, que describe y denota un proyecto político (peronismo, kirchnerismo, correísmo, chavismo) y la inversión afectiva de este en relación con el colectivo a representar. Es

importante reparar en esta dimensión porque es una de las que más controversias ha generado y genera, tanto para las ciencias sociales como para el pensamiento político. Cabe enfatizar que no se trata de pronunciarse a priori por la virtud o la nocividad de los liderazgos en los procesos políticos, sino de aportar a comprenderlos, analizar sus condiciones de posibilidad y sus efectos. Asignarle al liderazgo populista una serie de características, para luego imputárselas a los líderes realmente existentes sin un estudio sociopolítico que contextualice sus prácticas, nos remite nuevamente al uso normativo de la categoría en detrimento de un uso crítico y analítico.

Los usos del populismo para estudiar la forma en que se configuran discursos políticos (una “lógica populista”) así como los procesos políticos, requieren atención a la coyuntura, a la historicidad y a las posibilidades de futuros de los países de la región, así como desarrollos teóricos y metodológicos acordes a la complejidad de nuestro tiempo.

¿Fin de ciclo a la izquierda?

Nuevas-viejas derechas y antipopulismo

Durante más de una década en que gobernaron los “populismos realmente existentes” (2000-2015), la región atravesó una estabilidad política (inédita en algunos casos, como los de Bolivia y Ecuador) gobernada por parte de partidos o coaliciones políticas ubicadas en un espectro ideológico de centroizquierda o izquierda. Estos habían asumido los gobiernos con un robusto apoyo electoral y con una propensión a reconstruir la institucionalidad estatal pulverizada durante el ciclo neoliberal *noventista*. La recuperación de las capacidades estatales fue un aspecto clave para implementar políticas de inclusión social, así como restituir un lazo representativo.

Fueron estos gobiernos los que, por medio de diversas vías de cambio (refundación política, reemplazos o reformas constitucionales, como en Bolivia, Venezuela y Ecuador de la mano de nuevos partidos o movimientos políticos no tradicionales, o un modelo de políticas públicas inclusivas y redistributivas en Argentina, Uruguay y Brasil motorizados por partidos consolidados), reedificaron la institucionalidad política y construyeron nuevas instituciones, varias de ellas novedosas, como las instituciones de participación ciudadana (Ramírez Gallegos y Welp, 2011) y la ampliación y reconocimiento constitucional de modelos de democracia heterodoxos (como la democracia deliberativa y comunitaria en Ecuador). Asimismo, reformaron y reforzaron arreglos laborales como los históricos consejos de salarios (Stoessel, 2019) o los programas sociales como las políticas de transferencia condicionada (Cadahia et al., 2019). Más que pensar el populismo como un peligro para las instituciones, el proceso histórico muestra a los populismo como grandes constructores de institucionalidad. Quedará en todo caso para estudiar las condiciones de posibilidad de estas instituciones, sus diseños y resultados.

Los gobiernos del ciclo progresista procuraron desacoplar la economía de los intereses del capital transnacional y de los intereses especulativos de la banca privada, por medio de reformas de los organismos regulatorios y la recuperación de los Bancos Centrales (Coronel et al., 2020), así como promover procesos de desarrollo de la economía popular y solidaria (Castelao Caruana y Srnec, 2013) y la expansión de regímenes de protección social. Todo esto, de cara a reactivar la economía y descapturarla de los grupos económicos e intereses comprometidos con el neoliberalismo. Esto también se logró resolviendo la deuda pública con el FMI heredada de gobiernos previos para recuperar la autonomía económica y la soberanía política, como fue el proceso de cancelación anticipada de la deuda en el caso del gobierno de Lula y de la renegociación de la deuda llevada adelante por N. Kirchner. Esto significó una renovada política exterior con una estrategia geopolítica por parte de

los gobiernos progresistas, de cara a quebrar la integración global que el neoliberalismo había promovido y la presencia de Estados Unidos en el “patio trasero”. Nuevas estructuras regionales como la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), el Banco del Sur, la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) y Petrocaribe dan cuenta de un “nuevo continentalismo” (Ceceña, 2011).

Estas innovaciones institucionales, o reforma de instituciones existentes, se enmarcaron en un escenario de conflicto, disputa de clase y tensiones con las elites económicas criollas y el *establishment* internacional. En Bolivia, por ejemplo, con la nueva Constitución de 2008 se modificó la arena legislativa con la incorporación de representaciones de pueblos y nacionalidades indígenas y de sectores excluidos por el colonialismo interno; mientras que en Ecuador se expulsó por medio de la nueva legislación de las juntas bancaria y monetaria a los representantes de la banca privada (responsables de la crisis financiera de fines de los 90); en Argentina se instauró una asignación social para niños y niñas impulsada por el Ejecutivo pero que se apoyaba en el acumulado social de la acción de movimientos sociales surgidos al calor de los años neoliberales (Cadahia et al., 2020). Esto muestra diferentes gramáticas que, a partir de reconectar el poder instituyente y el poder instituido, tramita tensiones y busca colocar al Estado como posibilitador de un nuevo orden social, como forma de una comunidad organizada por una matriz nacional-popular estadocéntrica.

La llegada al poder gubernamental de fuerzas políticas que podemos ubicar en la derecha, ya sea a través de “golpes parlamentarios” (Horacio Cartes en Paraguay, Michel Temer en Brasil) o del voto popular (“Cambiamos” en Argentina en 2015), reconfiguró el mapa político de la región. Si bien la muerte de Chávez en Venezuela y la victoria electoral de Cartes en Paraguay en 2013 fueron indicios del nuevo momento regional, el triunfo de Mauricio Macri en Argentina en octubre de 2015, el juicio político ilegítimo a Dilma

Rousseff en diciembre del mismo año y la prisión de Lula en Brasil modificaron definitivamente la tendencia del escenario. La derrota en 2016 del presidente Evo Morales –la primera en diez años de gobierno– en un referéndum convocado para reformar la Constitución y habilitar una tercera elección presidencial, también puede leerse como un síntoma del cambio de escenario. A este giro se le sumó el triunfo electoral de Pedro Pablo Kuczynski en Perú (2016), de Lenin Moreno en Ecuador (2017), de Sebastián Piñera en Chile (2018), del candidato de la derecha colombiana, Iván Duque, en 2018, y la victoria a fines de 2018 de Jair Messias Bolsonaro en Brasil. El año 2019 cerró con la victoria de Lacalle Pou en Uruguay del Partido Nacional, opositor al Frente Amplio y apoyado por el nuevo partido político de base militar, Cabildo Abierto, y el derrocamiento cívico-militar de Evo Morales, que inició la “presidencia interina” de Jeanine Áñez.

Estas novedades políticas parecían marcar un nuevo rumbo en la región, que se colocaba en las antípodas de los modelos de desarrollo, regímenes políticos y tipos de relaciones socioestatales presenciados durante el giro progresista de principios de siglo. Este proceso fue caracterizado de distintos modos: como un “fin de ciclo histórico” (Svampa, 2017), un “repliegue progresista temporal” en el marco de oleadas que van y vienen (García Linera, 2017; Stoessel y Retamozo, 2023) o un detenimiento del “péndulo hacia la izquierda de la política latinoamericana” (Torrico, 2017). Cabe mencionar que este giro a la derecha no fue exclusivo de la región latinoamericana. Varios analistas lo insertaron en el marco de cambios globales, como la llegada de Trump al gobierno norteamericano, el triunfo del Brexit en el referéndum británico de 2016 y la expansión en Europa del Este de movimientos nacionalistas-religiosos-conservadores tildados de “populistas de derecha”.

Tanto los factores que posibilitaron este nuevo ciclo de derecha, como la anatomía de estos nuevos gobiernos, fueron objeto de debate y controversia. Respecto a los primeros, podemos ordenar la discusión a partir de distintas dimensiones. En primer

lugar, el agotamiento, tanto en lo económico y en lo político, de las experiencias progresistas. Por un lado, la dinámica de mejora distributiva y ascenso social encontró una meseta en su tendencia igualitaria a partir de una desaceleración económica y con ella el aumento del desempleo en la mayoría de los países. La inclusión vía el consumo fue analizada como rasgo de las experiencias progresistas, en que sectores populares y trabajadores asumieron el estatus de ciudadanos no solo por el goce de derechos, sino por haber alcanzado mejores niveles de consumo. La imposibilidad de continuar con los ritmos de consumo masivo hasta entonces, debido a la desaceleración económica y el fin del alto precio de los *commodities*, habría conducido a que sectores populares buscaran otras promesas de expansión del consumo y quitaran apoyo a gobiernos posneoliberales (Benente, 2020).

Esto se liga a la dimensión identitaria de la teoría del populismo revisitada previamente. Así, el agotamiento no tuvo solo una raigambre económica sino que devino en una suerte de crisis de representación e identitaria. Varios postularon esto bajo la idea de politización del bienestar, esto es, en los sectores beneficiados con políticas inclusivas no produjo un “*frame*” político que permitiera conectar la mejora de su vida con estos proyectos políticos progresistas. Estas tesis fueron incluso abanderadas por líderes políticos como Rafael Correa y Cristina Fernández. Cabe mencionar, también, que en una sociedad cada vez más heterogénea, la capacidad de la gramática de inclusión propia de la matriz nacional-popular estadocéntrica encuentra limitaciones para procesar las demandas subalternas. Respecto a la identificación política, varios analistas muestran que la elección de proyectos de derecha no obedece a cambios ideológicos del electorado, sino más bien a un cansancio ciudadano con los “gobiernos de turno” que se expresa en alternancia electoral como “castigo a los oficialismos” (Luna y Rovira, 2021). Esta tesis también es explorada para comprender el nuevo giro progresista ya que las promesas de cambio no lograron ser alcanzadas.

Por otro lado, otros factores explicativos del giro a la derecha aluden a una serie de dificultades de los proyectos progresistas que hicieron mella en la capacidad de representación y conformación del actor político. Dentro de estas lecturas, algunos enfatizaron que los cambios impulsados “desde arriba”, por los gobiernos, no promovieron una participación efectiva de los sectores populares y esto derivó en la escasa identificación política. Buena parte de los análisis sobre el debilitamiento o debacle de los progresismos leyó aquel momento poniendo énfasis en la voluntad o actuación de los gobernantes, en la escasa reforma estatal perpetrada por estos o la moderación de los cambios realizados, que si bien redujeron pobreza y desigualdades en distintos ámbitos, en muchos casos no tocaron los privilegios de los sectores dominantes y la concentración de la riqueza (Ramírez Gallegos, 2023). Asimismo, otras lecturas plantearon la pérdida de apoyo y legitimidad de los gobiernos del giro a la izquierda como producto de la centralidad que comenzaron a tener diversos casos de corrupción que involucraban a miembros y funcionarios de los gobiernos (Luna y Rovira, 2021).

La matriz neoliberal enarbolada por fuerzas de derecha que comenzaron a tener mayor protagonismo en contextos electorales consiguió interpelar sensibilidades reaccionarias contra el avance de derechos ligados al género, mujeres y diversidad sexual. En ese sentido, algunas lecturas postularon que el giro a la derecha fue producto del rechazo de ciertos sectores de la sociedad de agendas proderechos, progresistas enmarcadas en lo “políticamente correcto” (Stefanoni, 2021). Estas derechas, en un marco de tradiciones persistentes que articulan conservadurismo (antiderechos), liberalismo económico y agenda antidistributiva (Kessler y Vommaro, 2021) y son representadas por empresarios políticos multimillonarios (los casos de Piñera en Chile, Macri en Argentina, Lasso en Ecuador son elocuentes al respecto), interpelan los malestares de amplios sectores. Algunos autores los vislumbraron inicialmente como nuevas derechas, más comprometidas con procedimientos democráticos que las expresiones autoritarias

de antaño en la región. Estas fuerzas electorales articularían preceptos neoliberales sobre la necesidad de establecer economías abiertas y redireccionar las intervenciones estatales para garantizar condiciones para que el capital invierta y tasas de ganancias a sectores privilegiados de la economía. Sin embargo, también incluirían en su configuración discursiva elementos ligados a la cuestión social y a la responsabilidad del Estado para erradicar la pobreza (Giordano, 2014; Vommaro, 2017). Tanto en las campañas electorales como en el inicio de sus gobiernos, estas derechas se propusieron como redentoras de instituciones (la “república”) y encarnaciones de frenos a los supuestos populismos autoritarios en los diferentes países. Otros analistas señalaron rasgos autoritarios y radicales de estas derechas, en casos como los de Bolsonaro en Brasil, Lenin Moreno y Guillermo Lasso en Ecuador, Nayib Bukele en El Salvador, y *outsiders* que irrumpen en la escena política como Javier Milei en Argentina, que comparten no solo la misma visión económica neoliberal ortodoxa, sino un rechazo a lo que consideran todo viso de populismo (confundido convenientemente con comunismo), y “un violento antiizquierdismo, apuestas punitivistas y agendas retrógradas en materia de derechos sexuales” (Ramírez Gallegos, 2023). Asimismo, estos gobiernos comparten el uso represivo de las fuerzas de seguridad para reprimir toda protesta social y el uso político de la justicia y los medios de comunicación privados para eliminar a los adversarios políticos, el tan mentado “*lawfare*” (Proner et al., 2018; Zaffaroni, Caamaño y Vegh Weis, 2020). Esta guerra judicial-mediática iniciada “desde arriba” al interior de los territorios nacionales, por parte del aparato judicial que se eleva por encima de los otros poderes, se dirige para combatir lo que los gobiernos de derecha consideran como enemigo político. Doblegar un enemigo tan poderoso autorizaría, además, a instrumentalizar las instituciones a su favor. Recordemos que fue tanto el autoritarismo como el antiinstitucionalismo los rasgos atribuidos a los populismos realmente existentes por las constelaciones mediáticas y políticas de derecha. García Linera

lee estos rasgos como el resultado de la pérdida de privilegios e influencias de las elites y los grupos de poder con la activación de una matriz igualitaria por parte de los gobiernos nacional-populares, dirigida a reducir desigualdades. Estas derechas serían entonces melancólicas del *statu quo* perdido:

Cargan sanción o castigo a mujeres que se salieron de la casa, a indígenas que se atreven a querer ser autoridades y quieren tener más poder que un “blancoide”, a trabajadores que se sindicalizan, a pobladores pobres que “quieren comerse toda la plata del Estado”. Esto significa que no hay nacional-popular en el mundo y en el continente sin su contraparte de derechas autoritarias. (Stoessel y Retamozo, 2023, p. 13)

En América Latina estas derechas asumieron un “*frame*” antipopulista como matriz de identificación, aunque paradójicamente asumieron –en muchos casos– una lógica política eminentemente populista en la construcción de sus discursos. El populismo como lógica para luchar contra el populismo como proceso. El antipopulismo fue el caparazón con el que combatir a los populismos existentes y eso significaba, entonces, polarizar con ellos a partir de un rechazo a los rasgos característicos en tanto lógica y proceso político inclusivo: estilo de liderazgo (confrontacional y polarizado), contenido de las políticas (antineoliberales, pro-Estado, antiimperialistas), tipo de representación política (participación popular, incorporación igualitaria de la “plebe” a la comunidad política).

Aunque eficaz políticamente para capitalizar el malestar social producto del propio desgaste de los gobiernos, el “giro a la derecha” regional se mostró fugaz e inestable en lo que respecta a los gobiernos que lo encarnaron, lo que no quiere decir que las condiciones sociales, económicas y culturales que lo favorecieron hayan desaparecido. Las “promesas incumplidas” de estos gobiernos, la persistencia de sectores políticos que resistieron el avance de las derechas y la limitación de la estrategia de asignar a ese otro (el “populismo”) las causas de su desempeño abrieron a experiencias

ubicadas en las antípodas en lo ideológico y competitivas en lo electoral. En efecto, este interregno caracterizado por gobiernos de derecha, ya sea moderada o radical, no encontró condiciones para estabilizarse y consolidarse a largo plazo, tanto por sus pésimas *performances* económicas, como por los volátiles alineamientos electorales –se vota contra los oficialismos como forma de castigarlos (Luna y Rovira, 2021). No obstante, esta rápida alternancia electoral no implicó que en el breve período de tiempo se haya modificado el escenario político y el orden social, la aparición de estas experiencias es un síntoma de cambios morfológicos en la sociedad y que pueden adquirir distintas fisonomías.

En poco tiempo, estas derechas en el poder revirtieron situaciones de bienestar colectivo que se habían instalado en la región, de la mano de un Estado que había recobrado capacidades para regular la economía y la sociedad. El caso ecuatoriano, por ejemplo, se ha convertido en el prototipo de experiencia de cambios radicales en la reducción de desigualdades y mejora en todos los indicadores socioeconómicos y de súbita reversión de dichos cambios al inicio del giro a la derecha. Si durante 2007-2017 con el gobierno de Rafael Correa se colocaba entre los países latinoamericanos que más desigualdades redujeron, para 2019 Ecuador pasó a engrosar el grupo de países que aumentaron la participación del 1-10 % más rico, a desertar del grupo de países que más incrementaron la participación en el ingreso de los estratos medios y bajos (Stoessel, en prensa), y a presenciar un deterioro de absolutamente todos los indicadores ligados al régimen de bienestar (salario real, empleo, informalidad, seguridad social, pobreza, tasa de homicidios).

Diversos mecanismos y políticas fueron características de este giro a la derecha conducido por gobiernos empresariales, elites económicas que llegan al poder político, o gobiernos proempresariales. Desde los clásicos programas de reforma laboral en una clave flexibilizadora y precarizadora, como fue en los gobiernos de Temer y Bolsonaro (Merino y Barrenengoa, 2023), hasta la pérdida de capacidades soberanas de los Estados al permitir el reingreso de

Estados Unidos en los asuntos internos y mayor poder a las Fuerzas Militares, pasando por los acuerdos con el FMI que firmaron los gobiernos de derecha en Argentina (2018) y Ecuador (2019). El país conosureño asumió la deuda más voluminosa que el FMI hubiera conocido en su historia. El proceso de hiperendeudamiento orientado a sostener las transferencias de riquezas al gran capital, y a garantizar la fuga de capitales (Merino, 2020) constituyó un legado tortuoso para la sociedad argentina y para el gobierno peronista de Alberto Fernández que tuvo que enfrentar la emergencia sanitaria por la pandemia, luego la guerra y una sequía histórica con la espada de Damocles sobre su cabeza. La deuda pública pasó a representar más del 85,5 % del PIB, cuando en diciembre de 2015, antes de la asunción de Macri, era del 48 % (*op. cit.*, 2020). En el país andino, el acuerdo con el FMI de marzo de 2019 fue determinante en la regresión de derechos laborales y las políticas de austeridad implementadas por Lenin Moreno. Ecuador fue el único país en América Latina que continuó pagando sus obligaciones financieras durante la pandemia, incluso ante el ofrecimiento por parte del FMI de una prórroga para que se puedan atender las diferentes contingencias generadas por la pandemia.

Nuevos gobiernos progresistas: ¿Populismos morigerados? ¿Populismos de baja intensidad?

Esta tendencia de gobiernos de derecha y antipopulistas se revirtió parcialmente con el triunfo de Andrés Manuel López Obrador en México, Alberto Fernández en Argentina, Pedro Castillo en Perú, Luis Arce Catacora en Bolivia y, más recientemente, Xiomara Castro en Honduras, Gustavo Petro en Colombia, Gabriel Boric en Chile y Lula en Brasil. Más allá de las particularidades nacionales, pueden vislumbrarse dos tipos de casos. Por un lado, aquellos procesos políticos de raigambre “nacional-populares” que llegaron al poder por primera vez en este siglo: México y Colombia. Por otro

lado, los casos en los que, luego del breve pero intenso interregno de la derecha en el gobierno, se registra la vuelta al poder de fuerzas políticas que fueron protagonistas del primer momento del siglo XXI (Bolivia, Argentina, Chile, Honduras y Brasil).

En cualquier caso, el análisis de los nuevos gobiernos progresistas no puede obviar el avance y radicalización de las derechas políticas y sus expresiones sociales por medio de intensos movimientos de extrema derecha y conservadores, que han delineado tanto las condiciones de gobernabilidad de los nuevos gobiernos progresistas como los horizontes predictivos igualitarios de una vida en común, como sostiene García Linera (en Stoessel y Retamozo, 2023). Este fenómeno, además de representar un desafío político para los gobiernos populistas, puede ser considerado como un síntoma que invita a reflexionar sobre la eficacia de estas experiencias de representación política en los planos económico, social, cultural y geopolítico, así como en la construcción de subjetividades emancipadoras que se configuren e interpelen en clave nacional-popular. Esto ha generado debates sobre el estatus de los sujetos, sus identidades, el Estado, las políticas económicas, sociales y culturales, la integración regional, la democracia y las formas de gobierno. Todo esto ocurre en un contexto de inestabilidad sistémica, caracterizado por una crisis económica global, los efectos duraderos de la pandemia del COVID-19, la guerra entre Rusia y Ucrania, y un realineamiento geopolítico que hacer crujir el actual orden hegemónico mundial.

En tanto proceso histórico, los casos de Argentina y Bolivia son emblemáticos del retorno progresista, luego del interregno gobernado por coaliciones de derecha ya sea por la vía electoral-democrática (Argentina) o por la vía autoritaria (Bolivia). Pero este regreso estuvo marcado por dos cambios fundamentales respecto a la ola de principios de siglo.

El kirchnerismo y el evismo fueron procesos políticos que jugaron una interpelación nacional-popular al referirse a las experiencias suscitadas en el siglo XX en torno al peronismo y, en cierto

modo, a la Revolución del 52, respectivamente, con la alusión al retorno del Estado. En Bolivia, dicha interpelación remitió a la historia larga y corta de la nación andina, la historia del colonialismo y del neoliberalismo de la “democracia pactada”. En Argentina, fue la historia corta en la que se intersecciona autoritarismo y neoliberalismo la que estuvo en la base del discurso kirchnerista, pero en un trasfondo histórico del peronismo. Los militares, los organismos internacionales de crédito y los grandes grupos económicos fueron los antagonistas por antonomasia. En Bolivia, la reivindicación de lo cholo, lo indio, lo campesino, frente a la oligarquía, como parte de la construcción del pueblo, fue el motor del discurso evista. Esta forma de constitución plebeya del sujeto político fue eficaz, en un contexto de largas décadas de institucionalización neoliberal que produjo múltiples puntos de antagonismo y de víctimas. No obstante, su eficacia no puede explicarse sino es a partir de la potencia de los “liderazgos transformacionales” (Kirchner, Cristina, Evo).

El primero está ligado al vínculo entre el pueblo y el liderazgo. Indudablemente, los liderazgos que asumen los procesos actuales no revisten la fuerza y capacidad interpeladora de los anteriores. Ni Alberto Fernández (AF) ni Luis Arce se colocan como aquellos presidentes “decisionistas” con legitimidad y fuerza para torcer los intereses de los poderosos grupos económicos ligados al capital internacional, que durante el breve giro a la derecha lograron recuperar espacios de poder. La renegociación de la deuda con el FMI en Argentina es un claro ejemplo de la dificultad de la vigente experiencia nacional-popular para enfrentarse al capital, en un contexto de descomunal endeudamiento y retroceso económico por la pandemia.

Tampoco responden al arquetipo de liderazgo populista que la literatura ha ideado. Son liderazgos “despolarizadores” que sienten incomodidad con la dimensión conflictual de la política y que, paradójicamente, entrañan ciertas dificultades para “cerrar filas” hacia adentro y fortalecer la unidad de las coaliciones,

considerando que son presidentes que deben enfrentar la presencia en el juego político de “sus” líderes. Tanto Cristina Fernández como Evo Morales continúan siendo figuras clave en estos procesos. La primera como gran armadora política y vicepresidenta del país; el segundo, como líder indiscutido, presidente del partido y posibilitador del retorno del MAS al poder, delinean la cancha de los presidentes. No por casualidad, tanto AF como Luis Arce insisten en discursos de unidad en cada acto público que protagonizan o en comunicados públicos que circulan por redes sociales (Molina, 2022). También, los llamados a la “renovación de la dirigencia” están a la orden del día en Bolivia, por parte de miembros del MAS, como el propio vicepresidente Choquehuanca, en una clara señal hacia la fuerte presencia y figura de Evo. En Argentina, el Frente de Todos ganó las elecciones en 2019 y atravesó el desafío de cumplir promesas distributivas en tiempos pandémicos. Esta coalición rápidamente mostró tensiones internas por las políticas implementadas y, especialmente, por la negociación de la deuda heredada del gobierno anterior con el FMI. El resultado adverso de las elecciones de medio término en 2021 agudizó fisuras entre el sector conducido por la vicepresidenta de la Nación, Cristina Fernández de Kirchner y el propio presidente Alberto Fernández.

Los liderazgos de AF y de Luis Arce, que se asumen como pluralistas, conciliadores y dialoguistas (y técnico, en el caso de Arce), les ha valido por parte de distintos sectores, incluso de sus propias bases, el calificativo de débiles. En el discurso de Arce, como señalan Quiroga y Pagliarone (2023), la referencia al “pueblo” siempre es genérica y menos apasionada, mientras que en el discurso evista, el pueblo aparecía sociológicamente identificado con los sectores históricamente invisibilizados e implicados en las luchas colectivas en las cuales el propio Evo se autoreferenciaba. La situación es paradójica: por un lado, la elección de estos candidatos por parte de las fuerzas nacional-populares obedecía al diagnóstico de cierto agotamiento de liderazgos fuertes (a veces tildados de personalistas); por otro, la ausencia del liderazgo azuza fisuras internas.

El segundo cambio apunta a las transformaciones del contexto social y político. A inicio del siglo, el neoliberalismo como proyecto ya había fracasado, o había consumado ciertos objetivos en la reconfiguración del orden social. Las nefastas consecuencias sociales y económicas que tuvo en la región la instalación de las políticas neoliberales, que produjo una crisis de la hegemonía neoliberal que generó escenarios de hartazgo con la política y políticos tradicionales, fueron capitalizados por nuevas o viejas fuerzas políticas pero renovadas. Así, el neoliberalismo, el discurso anti-Estado y los actores comprometidos con aquel cayeron en desprestigio y lo nacional-popular-estatal recobró tesitura y eficacia política, abriendo un ciclo político inédito en el que por más de doce años gobernaron en la región de forma simultánea gobiernos populistas, de centroizquierda o izquierda inscritos en las históricas matrices plebeyas de diversos países.

En la actualidad, el juego político luce más complejo puesto que los progresismos no solo tienen que enfrentar a la clásica derecha neoliberal y conservadora que retornó con viejas consignas neoliberales, sino a una derecha con rasgos neofascistas, como la que viene pergeñado en Brasil con el ascenso de Bolsonaro al poder, Trump en Estados Unidos, el presidente Guillermo Lasso en Ecuador y su fundación libertaria “Ecuador libre”, y Javier Milei en Argentina y su propuesta de anarco-capitalismo, entre otros.

El breve período en que las derechas gobernaron estuvo marcado por una avanzada del antipopulismo como discurso, tanto por derecha como por izquierda. El gobierno de Mauricio Macri, así como el gobierno de facto como resultado del golpe de Estado perpetrado por las fuerzas conservadoras y sectores ligados a la “media luna” en Bolivia, lograron llegar al poder con un proyecto de refundación en una dirección antipopulista. Quizás sea demasiado hablar de proyecto. Ambos gobiernos conservadores no lograron instalarse como proyectos de poder, es decir, con vocación hegemónica para institucionalizarse a largo plazo, como ha sido Chile por varias décadas, aunque sí han logrado instalar

en la agenda y la opinión públicas “pasiones tristes” (al decir de François Dubet) como el odio y resentimiento ante los discursos de igualdad y la agenda de derechos, así como un desprestigio de todo lo vinculado al Estado y su intervención, que fueron pilares de las experiencias populistas de principios de este siglo. Tal avanzada del antipopulismo se viene expresando como una identidad política que no solo encarna la representación de la derecha partidaria sino también de expresiones sociales de extrema derecha que se fortalecen en espacios universitarios, culturales y mediáticos, especialmente ligados a los jóvenes. Esta avanzada antipopulista no solo se manifiesta a nivel de las identidades políticas y del tipo de sujeto político que pretende construir. Este antipopulismo se traduce en prácticas político-judiciales concretas, como es la constante persecución mediática y política a los líderes, referentes y militantes de los partidos y espacios nacional-populares, incluso siendo gobierno como en Argentina y Bolivia actualmente, habiendo llegado dicha estigmatización del adversario al intento de magnicidio de la vicepresidenta Cristina Fernández. En ese contexto, se suma que las izquierdas autonomistas y trotskistas continúan planteando el mismo juego de oposición a todo, sin visualizar que la avanzada de esta derecha puede entrañar serios riesgos para la democracia como tal.

Si nos corremos hacia la noción de populismo en tanto proceso histórico, estas nuevas (y no tanto) experiencias se colocan como continuidad del primer momento populista progresista en tanto proponen una matriz nacional-popular estadocéntrica, en lo que refiere a los modelos de desarrollo (Estado regulador de los mercados, modelo agroexportador orientado al mercado interno sin proponer un horizonte real de cambio de matriz productiva), pero las condiciones de posibilidad son distintas. La región ya no atraviesa aquel *boom* de *commodities* presenciado hace una década atrás, sumado a los estragos de la pandemia por el COVID-19 y de la guerra en Ucrania que han trastocado los precios internacionales de las materias primas. Además, los Estados latinoamericanos

en los países gobernados brevemente por las derechas sufrieron una desinstitucionalización fuerte que implicó en algunos casos un “volver a empezar” en un contexto regional en que las instituciones de integración regional comercial y política, como UNASUR, se debilitaron o desaparecieron. Los modelos de desarrollo actuales se ven atravesados inexorablemente por la restauración del capital que lograron los gobiernos de derecha, especialmente en el caso argentino a la luz del acuerdo con el FMI y el préstamo impagable que adquirió Macri de cara a su campaña política.

Respecto a los países que ingresaron al ciclo nacional-popular de forma tardía, Colombia y México, se pueden identificar algunos rasgos que son más propios de los populismos de inicios del siglo, y que no se observan en los “populismos *soft*” actuales. En primer lugar, el tipo de discurso que encarnan los líderes presidenciales como Andrés Manuel López Obrador y Gustavo Petro se asemeja a aquel de los presidentes transformacionales de la ola previa, un discurso polarizador en que pueblo vs oligarquía, pueblo vs políticos corruptos, o pobres vs elites (López Obrador) constituyen el sustrato antagónico de un proyecto político que coloca en el centro el retorno estatal, que en el caso de México se inscribe en una tradición que se remonta a la Revolución Mexicana de principios del siglo XX y en el presente se traduce en megaproyectos de infraestructura, en la función de planificación estatal por encima de cualquier otra. La Cuarta Transformación, como se conoce el proyecto político que encarna AMLO, es una ruptura, en palabras del presidente, con el pasado neoliberal y corrupto de México (Hernández Cortez et al., 2022). Esta configuración antagónica entre un pasado reciente presto a ser superado –el neoliberalismo– y un futuro esperanzador que se vuelve más cercano como producto de la acción política, y que reconoce cierta productividad en la explotación de la dimensión conflictual, es propia de la lógica populista que aparece de forma muy tenue en los presidentes progresistas como Fernández, Boric y Arce, quienes reconocen internamente las limitaciones de un discurso polarizador radical.

Atisbando un futuro de incertidumbre

El reciente resultado electoral obtenido por el anarco-capitalista Javier Milei, cuya principal promesa es la dolarización de la economía argentina, además de propiciar el mercado de órganos humanos y la libre portación de armas, obteniendo 7 millones de votos, seguido por una fuerza de derecha como Juntos por el Cambio (integrada por candidatos a presidentes del PRO y a vicepresidentes de la Unión Cívica Radical) con 6 millones de votos, es un síntoma que obliga a la reflexión (y a la acción). A esto se le suma el avance de la derecha pinochetista en Chile y los 58 millones de votos obtenidos por Jair Messias Bolsonaro en las elecciones de Brasil en 2022, derrotado por escaso margen por Lula.

Los gobiernos progresistas se encuentran frente a desafíos y aparentes aporías. Entre los desafíos se encuentra el cumplimiento de la promesa de bienestar centrada en distribución y reconocimiento, con el Estado como garante de la integración social. Las políticas de garantía de ingresos de las mayorías (vía mercado de trabajo o vía transferencias), los servicios públicos básicos como salud y educación, además de acceso a derechos como el agua y la vivienda parecen insuficientes y se dificultan en contextos de crisis mundial. Esto parece arduo, sin una restitución de la comunidad política con grados de integración y solidaridad capaz de establecer horizontes de destino compartido. Las aporías devienen del hecho de que estas políticas de reconocimiento y distribución se vuelven blanco de antagonismo por parte de discursos políticos de derecha que, a partir de estas situaciones, *performan* demandas que tienen como reverso en distintos grados el feminismo, el Estado, la igualdad o la justicia social. En ese sentido, las políticas de redistribución y reconocimiento resultan insuficientes y a la vez excesivas.

El populismo como lógica política ayuda a comprender algo esencial de la práctica política –esencial como lo entendía Marx:

un conjunto de relaciones sociales. En este sentido permite indagar en el modo en que se tramitan situaciones sociales (malestares, faltas, deseos, demandas), se producen interpelaciones y configuran subjetividades. Es evidente que la categoría usada como concepto no explica la totalidad social, pero se muestra como una herramienta útil en el análisis político. El populismo como proceso político implica, por su parte, construir un concepto teórico diferente a partir de la misma categoría. La referencia al pueblo en el proceso supone, a su vez, concebir al populismo como una herramienta que permite estudiar los modos de inclusión y de gestión del orden social, donde el Estado y las políticas públicas son dimensiones analíticas clave. El populismo, como lógica y como proceso, sigue siendo central para comprender la dinámica política de América Latina, su historia –pasada y reciente– y escudriñar su devenir.

Bibliografías

Benente, Mauro (2020). De la revolución democrática al golpe de estado y la contrarrevolución. *Bordes. Revista de Política, Derecho y Sociedad*, (15), 45-51.

Cadahia, María Luciana (2019). Hacia una nueva lógica del populismo: de la ruptura de las instituciones a la institucionalidad rupturista. *Recerca. Revista de Pensament i Anàlisi, Universitat Jaume I de Castellón*, 25(1), 1-20.

Castelao Caruana, Maria Eugenia y Srnec, Cynthia Cecilia (2013). Public policies addressed to the social and solidarity economy

in South America. Toward a new model? *Voluntas: International Journal of Voluntary and Nonprofit Organizations*, (24), 713-732.

Ceceña, Ana Esther (2011), Postneoliberalismo o cambio civilizatorio. En T. Dos Santos (ed.), *América Latina y el Caribe: Escenarios posibles y políticas sociales, Proyecto Repensar América Latina*, vol. 3. Montevideo: UNESCO/FLACSO.

Collier, Ruth y Collier, David (1991). *Shaping the Political Arena*. Princeton: Princeton University Press.

Coronel, Valeria et al. (2020). Captura estatal y descorporativización de las elites financieras en Ecuador. *Colombia Internacional*, (100), 147-174.

Errejón, Iñigo (2012). La lucha por la hegemonía durante el primer gobierno del MAS en Bolivia (2006-2009): un análisis discursivo [tesis doctoral]. Universidad Complutense de Madrid, España.

García Linera, Álvaro (2017). ¿Fin de ciclo progresista o proceso por oleadas revolucionarias? *Portal digital Pulso de los pueblos / Rebelión*. <https://rebelion.org/fin-de-ciclo-progresista-o-proceso-por-oleadas-revolucionarias/>

Giordano, Verónica (2014). ¿Qué hay de nuevo en las “nuevas derechas”? *Nueva Sociedad*, (254), 46-56.

Hernández Cortez, Noé et al. (2022). La Cuarta Transformación en México como proyecto nacional-popular. *Sapientiae: Ciências Sociais, Humanas e Engenharias, Universidade Óscar Ribas* (Luanda, Angola), 8(1), 108-126.

Kessler, Gabriel y Vommaro, Gabriel (2021). Introducción al dossier: Movilizaciones de la derecha en América Latina. *Población & Sociedad*, 28(2), 1-7.

Luna, Juan Pablo y Rovira Kaltwasser, Cristóbal (2021). Castigo a los oficialismos y ciclo político de derecha en América Latina. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 30(1), 135-156.

Mazzolini, Samuele (2015). Left-wing populism in Ecuador: Preliminary notes on the potentialities and risks of constructing a 'People'. *Populismus* (Tsalónica), Working Papers N° 1.

Merino, Gabriel (2020). Giro neoliberal en Argentina y Brasil en los últimos años: periferialización, dependencia y desigualdad. *Realidad Económica*, 49(331), 9-40.

Merino, Gabriel y Barrenengoa, Amanda (2023). La re-emergencia del lulismo ¿Hacia una segunda ola nacional y popular en Brasil?. *Cuestiones de Sociología*, (28), e153. <https://doi.org/10.24215/23468904e153>

Molina, Fernando (2022). El MAS boliviano ya no baila sólo al ritmo de Evo. *Nueva Sociedad*, (299), 93-104. <https://nuso.org/articulo/el-mas-boliviano-evo/>

Proner, Carol et al. (2018). *Comentarios a una sentencia anunciada. El proceso de Lula*. Buenos Aires: CLACSO.

Quiroga, María Virginia y Pagliarone, María Florencia (2023). Populismo y liderazgo en el ciclo político boliviano. Evo Morales y Luis Arce en perspectiva. *Cuestiones de Sociología*, (28), e152. <https://doi.org/10.24215/23468904e152>

Ramírez Gallegos, Franklin (2023). ¿Nuevo giro a la izquierda o transformación del conflicto político?. *Cuestiones de Sociología*, (28), e156. <https://doi.org/10.24215/23468904e156>

Ramírez Gallegos, Franklin y Welp, Yanina (2011). Presentación del dossier: Nuevas instituciones participativas y democráticas en América Latina. *Íconos: Revista de Ciencias Sociales*, (40), 11-20.

Ramírez Gallegos, René (2023). *Quien parte y reparte, ¿se queda con la mejor parte? Las derechas y las izquierdas en la distribución del pastel en América Latina, 2000-2020*. Buenos Aires: IPET.

Retamozo, Martín y Morris, María Belén (2015). Sindicalismo y Política. La Central de Trabajadores Argentinos tiempos kirchneristas. *Estudios Sociológicos*, (97), 63-87.

Stefanoni, Pablo (2021). ¿La rebeldía se volvió de derecha? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio). Buenos Aires: Siglo XXI.

Stoessel, Soledad (2019). Corporativismo y representación política en Ecuador: el Consejo Nacional de Trabajo y Salarios. *Revista Universitas, Revista de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Politécnica Salesiana de Ecuador*, (32), 139-156.

Stoessel, Soledad y Retamozo, Martín (2023). Hacer nuestro tiempo: la disputa por los horizontes predictivos de la sociedad. Entrevista a Álvaro García Linera. *Cuestiones de Sociología*, (28), e161. <https://doi.org/10.24215/23468904e161>

Svampa, Maristella (2017). *Del cambio de época al fin de ciclo*. Buenos Aires: Edhasa.

Torrico, Mario (2017). ¿Fin del giro a la izquierda en América Latina? Gobiernos y políticas públicas. México: FLACSO-México.

Viguera, Aníbal (1993). “Populismo” y “neopopulismo” en América Latina. *Revista mexicana de sociología*, 55(3), 49-66.

Vommaro, Gabriel (2017). *La larga marcha de Cambiemos. La construcción silenciosa de un proyecto de poder*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.